

Jehová es mi luz y mi salvación - Salmo 27

Temores y bondad

El miedo puede matar. Hace unos años, cuando un desconocido tiró una bengala en la macrofiesta de Halloween de Madrid Arena, murieron cinco jóvenes. Murieron por el pánico que provocó una estampida para salir del recinto. El pasillo del vomitorio era estrecho, la gente que quería salir no cabía, y aquellos cinco murieron aplastados.

El miedo también puede dar vida. Hace poco echaron un reportaje en televisión de un grupo de judíos ucranianos que sobrevivieron el holocausto nazi porque se habían refugiado en una cueva donde vivieron dos años, muertos de miedo. El temor a los nazis los impulsó a tomar medidas, y así se salvaron la vida.

¿El miedo es bueno o malo? ¿Quita la vida o salva la vida? Por el miedo a que te atropelle un coche, miras a la derecha y a la izquierda antes de cruzar la calle. Por el miedo a suspender, un estudiante se esfuerza en sacar el curso. Mi padre, que me enseñó a manejar una sierra radial, siempre insistía en que tuviera miedo al aparato. Si no, podría acabar sin dedos.

El miedo nace de un peligro real o supuesto. Si se trata de un peligro de verdad, que verdaderamente amenaza la integridad de la persona, se llama "miedo real". Pero si es cuestión de un mal que sólo se imagina, entonces se clasifica como "miedo neurótico". Muchas fobias (a las alturas, a ensuciarse, al número 13, a las arañas) superan en intensidad el nivel de la amenaza que estas cosas representan.

El terror es un miedo especialmente intenso. La ansiedad es un miedo difuso en que no se aclara exactamente cuál es el origen. El pánico puede ser un temor colectivo, compartido entre muchas personas a la vez.

El miedo cumple una función positiva en el ser humano porque provoca la liberación de adrenalina, que a su vez imparte fuerzas para huir o para combatir. El miedo neurótico, sin embargo, se convierte fácilmente en una ansiedad paralizante. Como dice el proverbio chino, "El que teme sufrir ya sufre el temor". El poeta italiano Giacomo Leopardi escribió en una ocasión, "No temas ni a la prisión, ni a la pobreza, ni a la muerte. Teme más bien al miedo."

El miedo verdadero surge cuando hay alguna persona empeñada en hacerte daño. Siente odio en su corazón o padece de algún desequilibrio mental. Hay series de televisión policíacas que retratan estos fenómenos: El mentalista, CSI, Bones, Person of interest. Hay otros que aumentan la tensión porque el asesino anda suelto y podría cometer otro crimen en cualquier momento: Mentecriminales, The following.

David empieza a sentir miedo cuando su jefe, el rey Saúl, trata varias veces de clavarle a la pared con una lanza. El joven le esquiva, pero comprende que su éxito en la guerra contra los filisteos ha provocado la envidia de Saúl. Cuando éste envía soldados a la casa de David para matarlo en la cama, el joven huye del palacio y de la ciudad. Sabe que el rey ha determinado quitarle de en medio y que no hay ningún lugar seguro en Jerusalén.

David empieza una época de huida permanente, descubriendo así la Gran Paradoja del creyente: "si he amado y servido al Señor, ¿por qué permite que otros me odien y me persigan a muerte?" David pierde a su mujer, pierde su empleo, pierde su casa. Tiene que mandar a sus padres al extranjero para ponerlos a salvo, fuera del alcance de Saúl. No

puede participar en las ceremonias en torno al tabernáculo en Jerusalén. Muchos de sus antiguos amigos creen la mentira oficial, de que David conspira contra el rey para hacerse con el poder.

¿Has sentido miedo alguna vez? Hay temores para todos los gustos: a la enfermedad, a la soledad, al embarazo, a los accidentes, al despido. Algunos jóvenes tienen miedo a que sus padres se separen. Otros tienen miedo a hacer el ridículo delante de la gente. Otros temen a la muerte o al fin del mundo. A veces surge un enemigo de verdad, alguien que verdaderamente quiere hacerte daño. En países donde se persigue a los cristianos, hay miedo a la denuncia anónima, al arresto, a la tortura o al destierro.

Puede haber miedo al acoso que sufres todos los días en el instituto o en la oficina. A veces hay miedo al chantaje, si alguien podría difundir una foto comprometedor. Hay jóvenes desempleados que tienen miedo a quedar hechos un nini el resto de su vida, sin trabajo ni estudios ni nada de provecho que hacer. Algunos adolescentes tienen miedo a no crecer, a seguir siempre bajitos o flacos, siempre con acné en la cara. De mayor tienen miedo al cáncer, al SIDA, o al fracaso matrimonial.

En el Salmo 27 David lleva sus miedos al Señor. Empieza a hablar de un tema nuevo para él: *“mis enemigos”* (Sal 27:2,6,11,12). Antes había reconocido que los malignos eran enemigos de Dios, pero ahora éstos son enemigos suyos también. Van a por él. Siente un miedo real, basado en un peligro real y constante. Tiene que salir corriendo para salvar la vida. No puede confiar en nadie. No conoce en este tiempo el calor de un hogar estable. Redacta el salmo para recordar por qué puede y quiere seguir confiando en Dios, en medio de un aluvión de temores de todo tipo.

Acordarte de la protección del Señor hasta ahora

(Sal 27:1-3) “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado.”

La soledad mata. Es un tormento. El que no tenga amigos no sabe qué hacer. A los presos peligrosos se les meten en celdas de aislamiento como castigo. El refrán dice que mejor estar solo que mal acompañado, pero la pura verdad es que haremos cualquier cosa para no quedar solos. La soledad es la primera cosa no buena en la Biblia, y lo dice Dios: *“no es bueno que el hombre esté solo”*.

Es verdad que a veces gusta andar en solitario, cuando la gente nos agobia con sus exigencias y buscamos un remanso de paz. Entonces nos metemos en la habitación, cerramos la puerta, nos ponemos los auriculares, y conectamos con el mundo de amigos virtuales en Facebook. Como decía el poeta Gustavo Adolfo Bécquer, “La soledad es muy hermosa cuando se tiene alguien a quién decírselo”.

Hay algo peor que la soledad: el rechazo activo. No es sólo que se olvidan de ti, es que van a por ti. Te ves perseguido, despreciado, expulsado del grupo. No sólo dejan de llamarte sino que se llaman entre sí para tramitar alguna faena. Cuentan mentiras y te echan en cara faltas que no son reales. Es el acoso, el mobbing, un fenómeno que se da en el instituto, en la universidad, o en el lugar de trabajo. Si tuviéramos a un amigo matón, un escolta fortachón, que nos acompañara a todos los sitios, la gente ya no se metería con nosotros. Pero tampoco buscarían nuestra amistad. Dejarían de acosar, pero seguiríamos solos.

El joven David, después de un comienzo brillante sirviendo en el palacio del rey Saúl, llega a un momento en que tiene que huir. Pierde su trabajo. Pierde a su mujer, Mical, la hija del rey. Huye de la ciudad y empieza a vivir un tiempo de gran soledad. Cuando el rey se organiza y envía soldados a detenerle, David también sufre acoso. Parece que no se puede fiar de nadie, que las mismas paredes tienen oídos.

Sin embargo, dice *“Jehová es mi luz y mi salvación”*. El nombre de Dios es significativo. *“Dios”* se refiere al Creador de todas las cosas, pero *“Jehová”* enfatiza el compromiso que el Señor asumió con Abraham y con toda su descendencia espiritual. Este Dios, que se llama Jehová (*“yo soy el que soy”*), es el que te buscó, envió a su Hijo para llamarte, y te dio el perdón y la vida eterna si has creído en Jesucristo. El apóstol Pablo habla del *“Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2:20)*. Cuando sabes que Jesucristo te ama a ti y dio su vida por ti -por ti, a nivel personal, distinto al resto de los mortales- entonces sabes que él te seguirá fiel, a la persona que él ha salvado. Está de tu parte y terminará lo que ha empezado en tu vida: *“El acabará lo que ha determinado de mí” (Job 23:14)*. *“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro 8:31)*.

David reconoce la gravedad de la situación: son personas empeñadas en hacer daño (*“los malignos”*), son muchos (*“se juntaron contra mí”*), se han organizado y están dispuestos a tomarse todo el tiempo necesario para conseguir lo que quieren, como si pusieran sitio contra una ciudad para tomarla (*“aunque un ejército acampe contra mí”*), y desean ensañarse con él para quitarle de en medio definitivamente (*“para comer mis carnes”*). Si David encuentra paz en el Señor a pesar de sus temores -tan bien fundadas- esto nos anima a pensar que nosotros también podremos.

El salmista se consuela recordando que sus muchos enemigos *“tropezaron y cayeron”*. Quiere decir que fracasaron en sus intentos: el rey Saúl falló el blanco cuando le arrojó la lanza. Los filisteos no lo mataron cuando Saúl lo envió a la batalla (esperando precisamente eso, que los enemigos le quitaran la vida). Cuando el rey envía soldados para sacarlo de la cama y llevarlo preso, su mujer le avisa y se escapa por una ventana. Cuando llegan otros soldados a la aldea del viejo profeta Samuel, con quien David se había refugiado, Dios cambia la actitud beligerante de ellos en una alabanza al Señor. Una vez tras otra, David se ha salvado de milagro. Sus enemigos no han logrado sus siniestros propósitos.

Cuando luchamos con temores de todo tipo, hay motivos para consolarnos en Dios. A veces el mayor temor es que nuestra soledad dure toda la vida. Pero si de verdad conocemos al Señor por medio de Jesucristo, sabemos que él se ha comprometido con nuestro bien. Terminará la obra que empezó en nosotros y usará todas las cosas que nos ocurren para adelantar su proyecto. Además, si pensáramos en lo peor que pudiera pasar, hemos de decir que aquello no ha sucedido todavía: lo peor sería que nos mataran, y si estamos aquí dando vueltas al asunto, quiere decir que no hemos muerto todavía. A veces tenemos más miedo a lo que podría pasar, que no a lo que realmente ha ocurrido.

Al mismo tiempo y a pesar del odio de Saúl y sus soldados, Dios anima a David por otros tres medios importantes: aparece un amigo del alma, Jonatán. Jonatán reconoce lo que el Señor está haciendo en la vida de David y acepta su llamamiento a ser rey. Su compromiso con la voluntad de Dios le lleva a comprometerse también con David, y eso fortalece su espíritu decaído (**1 S 23:16**). Un amigo de verdad a veces compensa con creces la envidia y el rechazo de los demás.

David también encuentra refugio en el viejo profeta Samuel, el que le había ungido para ser rey en un día futuro. A veces hay hermanos mayores, personas más experimentadas en la fe, que nos escuchan y aconsejan. Puede que sea un abuelo, un pastor, o una mujer

veterana en la fe. Nos cuentan sus propias vivencias y su perspectiva nos sirve de brújula en medio de nuestras luchas.

Un poco más tarde, David redescubre el amor en la persona de Abigail. Después de tanto tiempo de soledad y de lucha, de repente se topa con una mujer que comparte los mismos principios que él, la misma visión de la vida. Ella se queda viuda tras la muerte del marido Nabal, y David se casa con ella. Parece que su vida está dando un nuevo giro.

Un amigo joven, un mentor viejo, un amor de verdad: las tres cosas son muestras tangibles del cuidado de Dios.

Jehová, el Dios que se ha comprometido contigo, es tu salvación. Es la fortaleza de tu vida, en tiempo presente. No es una historia del pasado, sino una realidad actual.

Fijar tu prioridad: mirar a Cristo

(Sal 27:4-6) “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo. Porque él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal; me ocultará en lo reservado de su morada; sobre una roca me pondrá en alto. Luego levantará mi cabeza sobre mis enemigos que me rodean, y yo sacrificaré en su tabernáculo sacrificios de júbilo; cantaré y entonaré alabanzas a Jehová.”

David se ha visto obligado a huir de Jerusalén, y por tanto no puede participar en las ceremonias en torno al tabernáculo, aquella tienda que Dios mandó construir para ser lugar de encuentro entre él y las personas. En medio de sus temores y luchando con su soledad, sólo tiene una petición a hacer. No pide la muerte de sus enemigos. No pide que ellos dejen de ser tan malos, que dejen de perseguirle. No pide aliados, otros que pudieran unirse a su causa. Tampoco pide riquezas. Sólo pide volver a Jerusalén para encontrarse con Dios: *“Una cosa he demandado... que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida”*.

David nunca había entrado dentro del tabernáculo, porque este privilegio sólo correspondía a los sacerdotes. Su petición es que pueda entrar en el recinto alrededor del tabernáculo para presenciar la ceremonia que se repetía todos los días, mañana y tarde: el ofrecimiento de un cordero sobre el altar de bronce. Era el holocausto diario, la ofrenda que se quemaba enteramente sobre el altar. Ver la repetición de ese sacrificio, sabiendo lo que significaba, era *“contemplar la hermosura de Jehová”*.

Cuando Dios dio la primera promesa a Adán y Eva (**Gn 3:15**), anunció que alguien vendría para arreglar el problema del pecado y la muerte. Ese Redentor daría una victoria definitiva, pero también sufriría una herida. Daría su sangre para lograr el triunfo sobre la muerte. Era una profecía de Jesucristo y su cruz: daría su sangre para borrar la culpa de todos aquellos que confiaran en ello. Con el tiempo, quedó claro que la esencia de la redención era la sustitución: el Redentor cumpliría la justicia que los hombres habían abandonado, y también sufriría la condenación que los hombres merecían. Sería un sustituto en todos los sentidos. El haría toda la obra, y las personas sólo tenían que confiar en la suficiencia de esa obra.

Para estimular la fe de Adán y Evan, Dios les enseña a ofrecer un cordero en sacrificio. Iba a ser una ayuda visual para que ellos recordaran la promesa del Redentor. El ritual no tendría eficacia por sí solo, era un medio para avivar la fe. Un animal sin defecto sería degollado, la carne troceada, y luego quemado enteramente sobre un altar. Debido a la muerte del animal, el hombre y la mujer quedaban revestidos de su piel, tapando su

desnudez. Las túnicas de pieles simbolizaban una cobertura provista por Dios, para que nadie se fijara en su pecado (**Gn 3:21**).

En los tiempos de Moisés, el Señor manda que un sacrificio parecido se repita todos los días por la mañana y por la tarde (**Ex 29:38-46**). El holocausto diario sería un anuncio de Jesucristo, una ayuda visual para estimular la fe de todos los que lo contemplaran, un anuncio simbólico de un Redentor herido pero triunfante. Ofrecer un cordero dos veces al día, todos los días, significaba que la obra de Cristo seguiría eficaz para toda la vida de la persona que creyera en ello, incluso para toda la eternidad. También resaltaba la oferta permanente de un Dios de amor, que siempre invita a las personas a acercarse por medio de la fe.

David dice que su único deseo es contemplar a Cristo a través del holocausto diario. El animal sin defecto hablaba de un Salvador sin pecado. El sacrificio quemado hablaba de un Salvador que iba a sufrir todo el juicio de Dios en lugar del pecador. La harina que se quemaba con el sacrificio anunciaba las obras que el Salvador llevaría a cabo algún día (obedeciendo a Dios, enseñando, sanando, y al final dando su vida). El aceite que se echaba sobre la harina hablaba del Espíritu de Dios que se vería en la persona de Cristo, y la copa de vino que se derramaba al pie del altar anunciaba la satisfacción con que Cristo llevaría a cabo la voluntad de Dios.

Contemplar a Jesucristo por la fe es la prioridad frente a nuestros temores y nuestra soledad, porque conlleva la respuesta a todos ellos. Las cosas que tememos (la enfermedad, el paro, el rechazo, la separación de la familia, accidentes, el fracaso, la vejez) son fruto de la maldición en el mundo, y Jesucristo llevó toda la maldición por el pecado sobre sí en la cruz. El sufrió la soledad -más intensamente que ninguno de nosotros- cuando se quedó solo en Getsemaní, y por tanto entiende perfectamente cómo duele la soledad. Y como tocó al leproso (marginado social, solitario en extremo), también acude para poner su mano sobre nosotros y devolver la paz a nuestro corazón.

Contemplar a Cristo por la fe también nos asegura que él será nuestro refugio. David dice *“él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal”*. No se refiere a un encierro físico en un sitio pequeño, como el reality show Gran Hermano o las películas Noche en el museo o La terminal. Se refiere a una experiencia de protección en la vida real. Aunque nunca había entrado físicamente en el tabernáculo, David sabía que el Redentor restauraría la más perfecta conexión con Dios, la intimidad con él que habíamos perdido en el Edén. Unidos de nuevo con el Señor, gozaríamos de toda su protección. El daría estabilidad (*“me pondrá sobre una roca”*), honra (*“me pondrá en alto”*), y alegría (*“cantaré alabanzas”*).

Afinar tu petición: ver su rostro

(Sal 27:7-10) “Oye, oh Jehová, mi voz con que a ti clamo; ten misericordia de mí, y respóndeme. Mi corazón ha dicho de ti: buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová; no escondas tu rostro de mí. No apartes con ira a tu siervo; mi ayuda has sido. No me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación. Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá.”

Lo más irritante del miedo es que vuelve una y otra vez, como las olas del mar, como un niño que no deja de pedir chuches en el supermercado cuando va de compras con su madre. Vencemos el temor entregándolo al Señor, y al día siguiente nos acosa otra vez. Es como el cobrador del frac, o como una teleoperadora de Jazztel, que nos atosiga a todas horas. Por eso David, que acaba de afirmar su certeza de que Dios daría su protección, además de estabilidad, honra y alegría, ahora vuelve a la súplica: *“oye mi voz*

con que a ti clamo, ten misericordia y respóndeme". Ha vencido el miedo, pero siente miedo otra vez.

Dice que su corazón le ha dicho que busque al Señor. Es la señal del nuevo nacimiento. Cuando una persona cree en Jesucristo de verdad, se produce un cambio dramático en el interior, en lo más profundo de la persona. Los gustos cambian, los deseos son otros. Hay un deseo de ir a Dios, de escuchar a Dios, de agradar a Dios. La persona "normal" del mundo no piensa así. Le da miedo la muerte, porque eso significará un encuentro con su Hacedor. Huye de Dios, no quiere pensar en cosas eternas. Vive su vida sin contar con Dios. Sus preocupaciones son enteramente de este mundo: trabajo, familia, amigos. La oración es una pesadez, la Biblia un tostón, los cristianos unos muermos. Pero cuando nos convertimos sinceramente a Cristo, algo cambia por dentro, y nuestro corazón nos espolea adelante para que vayamos hacia el Señor.

David afirma su propósito de buscar el rostro del Señor, y ora en ese mismo sentido: *"no escondas tu rostro de mí"*. En el Antiguo Testamento, se dice de Moisés que conversaba cara a cara con Dios (**Nm 12:8**). En el Nuevo Testamento, la petición urgente de los griegos es ver a Jesús (**Jn 12:21**): *"quisiéramos ver a Jesús"*. El apóstol Pablo afirma que podemos ver el rostro de Cristo en un sentido a través de las Escrituras, y que esa visión nos transforma (**2 Co 3:18**). La mayor bendición de la eternidad será ver el rostro del Hijo de Dios directamente (**Ap 22.4**): *"verán su rostro"*.

El rostro de la persona es una ventana abierta a su alma. Todo lo que lleva dentro se refleja en la cara. Por ello, el detective del programa de televisión *Miénteme* tiene toda la razón. En la cara se ven las intenciones de la persona. El corazón alegre hermosea el rostro (**Pr 15:13**), pero la persona impía endurece su rostro (**Pr 21:29**). Todo se ve en la cara. Por eso, la petición constante del creyente es que resplandezca el rostro del Señor, es decir, que se manifiesten sus buenas intenciones para con sus hijos (**Sal 31:16**) (**Sal 67:1**) (**Sal 80:3**). Eso es lo que busca David: no la solución inmediata a sus problemas, sino la confirmación del buen propósito de Dios. Porque si Dios está de su parte, todo se arreglará.

La ayuda de Dios se concreta cuando él pone personas a nuestro lado: un amigo como Jonatán, un mentor como Samuel, o una persona amada como Abigail. Por eso, David dice *"mi ayuda has sido"* y pide *"no me dejes a estas alturas"* porque es el Dios de su salvación, el Dios que le ha formado, le ha llamado, le ha dado oportunidades y ahora le ha salvado la vida. Que esa trayectoria llegue a su punto final, es la oración del salmista.

La petición tiene sentido porque a veces las personas más cercanas pueden fallarnos, incluso los propios padres: *"aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá"*. Los padres pueden dejar a uno en el sentido de ausencia emocional. Están enfrascados en sus cosas, o por las obligaciones de la vida o por una dinámica personal egoísta. Otras veces es por la separación o el divorcio que uno de los dos se marcha de casa. Puede ser por la enfermedad o la muerte. Pero David se consuela afirmando que el fracaso de las personas en que más pudiera apoyarse no quitará el apoyo del Señor.

Afirmar tu propósito: no dar un paso en falso

(Sal 27:11-12) "Enséñame, oh Jehová, tu camino, y guíame por senda de rectitud a causa de mis enemigos. No me entregues a la voluntad de mis enemigos; porque se han levantado contra mí testigos falsos, y los que respiran crueldad."

La soledad y el acoso pueden hacernos una mala pasada. El agobio nos tienta a pensar que, hagamos lo que hagamos, todo da igual. Sin embargo, un paso en falso puede

complicarnos la vida enormemente. El joven que recurre a la droga para ahogar las tristezas que surgen de conflictos en su familia desestructurada, sólo se hace daño a sí mismo. La joven que se echa en los brazos de cualquier hombre, sólo para escapar de un padre autoritario y cruel, podría acarrearle un sinnúmero de problemas mucho mayores. Por ello, David pide ayuda para no meter la pata: *“enséñame tu camino, guíame por senda de rectitud”*.

Animarte con su promesa: verás la bondad de Dios

(Sal 27:13-14) “Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes. Guarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová.”

Su esperanza frente al temor es que Dios seguramente actuará ahora en esta vida: *“veré la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes”*. La vida con Dios no trata solamente de una huida futura al cielo, sino su bondad se manifestará ahora en esta vida presente. Jesucristo promete que Dios recompensará a los que le sirven, no sólo en el más allá sino también en el más acá: *“Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt 19:29)*.

Merece la pena esperar en Dios. *“Esperar”* significa *“tener paciencia hasta que él ponga la solución”*, como también significa *“tener esperanza, que él hará lo mejor”*. En el caso de David, el Señor estaba usando la etapa de soledad y huida para forjar un carácter probado, dándole múltiples muestras de su presencia y su cuidado, además de hacer que creciera en discernimiento y fuerza moral. Solemos ver el fruto después, pero mientras tanto podemos aplicarnos la triple exhortación del joven que llegaría a ser rey: *“guarda a Jehová, aliéntese tu corazón, espera en Jehová”*.

Si encajas tus temores con Dios, verás su bondad en la tierra.